

Obama, ante una dura prueba

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 9.08.09

Hasta mediados de su primer año de mandato presidencial ha sobresalido el Obama convincente. El de los viajes a Europa, Turquía, Egipto, Ghana. El despliegue de su seductora personalidad y de su atractiva oratoria en los discursos de Praga, el Parlamento de Ankara, la Universidad de Al Azhar, en El Cairo; el de Accra. Palabras persuasivas para los aliados europeos; para la Turquía aliada y aspirante a entrar en la UE; dirigidas a seducir a todo el mundo musulmán; con recomendaciones y a la vez esperanza para el África negra.

No es que lo tenga fácil en el mundo. Basta verle enredado en las guerras de Iraq y Afganistán, que no parecen limpiamente disponibles para un final feliz. Pero donde de momento aparecen en el horizonte más insidiosos contratiempos es justamente en la política interior. A pesar de que en principio parecía lógico que tuviera un camino despejado por delante a causa de disponer de clara mayoría demócrata en las dos cámaras del Congreso frente a una oposición republicana que semeja estar lejana de recuperarse de la derrota electoral sufrida en noviembre del año pasado.

El primer aviso de por dónde Obama iba a quedar expuesto a peores incidencias se produjo el 23 de julio. Cuando el Senado remitió hasta septiembre el debate sobre la reforma del sistema sanitario. No algo menor, sino una de las dos o tres líneas maestras del programa presidencial para su mandato. Ser derrotado en este terreno supondría

para Obama perder un porcentaje seriamente elevado de su popularidad, de su prestigio político.

En el Congreso parecen surgirle obstáculos nada desdeñables. Porque encuentra disidentes en las mismas filas de la mayoría demócrata. Por la presión sobre los congresistas de todas las filiaciones de lobbies poderosísimos: la industria farmacéutica, aseguradoras, mutuas, centros hospitalarios, asociaciones médicas. Tal vez incluso en los servicios de la salud pública que asisten ya a los pacientes mayores de 65 años (Medicare) y a los pobres (Medicaid). Además de que la resistencia a una reforma a fondo se da por muy arraigada, curiosamente, en una sociedad en la cual entre un 47% y un 50% de la población carece por completo de protección sanitaria. Por donde entramos en la suposición de algo tal vez más duro de ablandar que los intereses económicos: la paradójica mentalidad del pueblo norteamericano. La preferencia muy generalizada por la elección individual y la desconfianza en las injerencias del Estado. Probablemente un hábito adquirido históricamente en los principios fundacionales de la Unión y en la conquista del Oeste. El credo de valerse por sí mismo. Y a todos estos factores debe enfrentarse Obama. En el Congreso ha de abrir canales de buena disposición hacia el proyecto presidencial. Debe encontrar fórmulas de acercamiento y compromiso sin perjudicar la sustancia del texto legislativo. Tendrá que hacer gala de su capacidad de persuasión y su pragmatismo. Y habrá de verse si el pueblo que lo eligió para la Casa Blanca ya no es igual que el de hace unos años. Tal vez por la cantidad de la inmigración; por la crisis económica que sufre el país. A Obama el aplazamiento parlamentario puede crearle obstáculos adicionales. Tal como están las cosas actualmente, el asunto queda todavía en el aire. Depende de que el sector conservador de los

congresistas demócratas y la parte más abierta de los republicanos estén mejor dispuestos respecto a la propuesta presidencial.

Hay algo que no suele fallar en Estados Unidos: movilizar a las bases populares. Muchos presidentes lo han utilizado. Si se dirigen directamente al país y lo ganan para su causa mayoritariamente, los congresistas suelen guardarse bien de contradecir el criterio de sus electores. De que Obama sabe servirse de este procedimiento hay pocas dudas. Entrar en los recovecos del debate parlamentario, sin tener bien atado este trabajo previo de convencer a la nación, no entra en las maneras de Obama.

El presidente tiene muy buen historial como constitucionalista formado en Harvard, pero su experiencia parlamentaria, primero en el Senado de Illinois, luego en la Cámara Alta federal, fue más bien breve. Para conseguir la aprobación de la ley sanitaria necesitará mucho tesón y mucha astucia en un país de abogados, leguleyos y magistrados donde cualquier pleito puede llegar a adquirir extremas sutilezas o también formas de manipulación poco ortodoxas. Para el europeo medio puede ser difícil de entender que un bien general como la salud sea susceptible de poderosas resistencias.

Sobre todo cuando el Congreso durante los años del mandato de su predecesor, George W. Bush, obtuvo licencia, sin resistencias dignas de ser tenidas en cuenta, para anteponer la seguridad a los derechos fundamentales desde los terribles atentados del 11-S. Una forma perversa de la tan recelada injerencia estatal que llevó sumisamente a los norteamericanos a las guerras de Afganistán e Iraq y a una lucha oscura contra Al Qaeda, que dieron lugar a deshonestos usos y mentiras,

aceptados y promovidos desde la misma Casa Blanca. ¿Era esto más aceptable para el pueblo norteamericano y su Congreso que una ley para hacer más extensivo y justo un compromiso gubernamental para la asistencia sanitaria?